

ANTES.

El sentimiento fraterno dedica este folleto á la memoria de un ser querido, colocando sobre su tumba, hojas marchitas de ciprés, como expresión sincera del dolor íntimo.

La crítica, respeta los gemidos, porque cuando habla el corazón afligido, no tiene más reglas que su propio sentimiento. Lo que con lágrimas se escribe, es casi siempre incorrecto.

Quito, Diciembre de 1895.



Augusto!



Querría empapar la pluma en la sangre de mi corazón! querría que el dolor que me devora el alma, fuera capaz de espesar á gritos mi desesperante soledad; querría resucitarte en cada uno de mis gemidos, pobre Augusto mío;! pero en mi locura melancólica sólo tengo para regar tu tumba mis lágrimas amargas; por eso vengo como el ave de paso solitaria á dejarte unas flores que simbolizan mi cariñoso afán y el recuerdo de tus amigos.

En la terrible noche de mi vida, tu imagen y recuerdos brillan pálidos; ellos me traen á turbar el silencio del sepulcro con mi lamento dolorido y quiero pasar las negras nubes que surcan el cielo azul y buscarte tras de él.

Ah! que me fuera dable volver hasta mi cuna y recorrer de nuevo, paso á paso, los días de la infancia; quién me diera retroceder á la adolescencia, á la juventud despues y verme junto contigo y sienpre unidos! entonces hasta las lágrimas vertidas por nuestros infortunios fuérame dulces, hasta los golpes da la suerte fuérame nada!

Augusto ¿ qué hemos sido los dos?
latidos de un mismo corazón, fragmentos de una
misma vida, partes de una misma ilusión!

Ya todo ha concluido, sólo como los trofeos
de la muerte asoman á mi vista las tumbas y el
ciprés: mi amante padre se perdió en la huesa;
mi dulce hermana, mi sin igual Mercedes, voló
también, voló porque era un angel; y tú mi con-
fidente, mi amigo íntimo, mi incomparable Au-
gusto me abandonas!

Mi pobre madre, juguete del dolor y de la
angustia, con su cabeza blanca y sus ojos flotan-
do en mares de hiel sólo me queda, los besos hú-
medos que deposita en mi morena frente, son
como el aleteo del angel de la desesperación; ella
no vive ya; cual viola mustia, secada al sol de la
desdicha, tristísima me acaricia como al último
resto de su gloria perdida.

Augusto: tu muerte y los días que la prece-
dieron son aguzadas espinas clavadas en mi co-
razón; yo no te vi morir, porque me faltaron
fuerzas para mirar de cerca tu martirio.
Ah! por qué no estaba junto á tí; por qué no fuí
yo quien recojió tus últimos suspiros? por qué
huí sin llenarte de caricias por la vez última, sin
decirte mi adios desesperado, sin llorar con mi
madre? porque hubiera muerto! Si en esos días
que sufrí contigo, cuando iba extinguiéndose tu
existencia, sentí que me acariciaba la locura, no
hubiera resistido al desenlace.

No puedo desterrar de mi cansada imagina-
ción la dolorosa memoria de la mañana de par-
tir: cómo te vi entónces! pálido, más dulce tu
habitual melancolía, cómo descubrí en tus ojos
azules, hinchados por las lágrimas, las sombras
de la muerte que te acechaba; cómo sentía des-

pedazarse mi corazón, cuando con tus descarnadas manos, acariciabas mi diestra, presintiendo que era la última vez que me veías; cómo ruedan todavía por mis mejillas pálidas las quemadoras lágrimas al recuerdo de tus últimas palabras, de tus últimos suspiros!... En la memoria tengo grabadas profundamente estas frases de tu última carta: *Voy caminando al sepulcro, mi enfermedad es de muerte. Ah! que tuviera el consuelo de que estés junto á mi!... pero te esperaré más lejos!*

Perdóname, Augusto, si no he muerto contigo! en el mismo dolor he buscado la fuerza que me mantiene en pié. Perdóname, querido hermano, si mi puesto de último confidente, fué sustituido por dos cariñosos amigos! benditos ellos, benditos mil veces!... Cristóbal Vela, hermano mío, hermano de mi hermano, tú recogiste los últimos latidos de su corazón enfermo; tú bañado en lágrimas de compasión y de ternura le hablaste del ausente que sufría por él, tú recogiste sus últimos secretos y honraste su cadáver!... Doctor Segundo Alvarez Arteta, con vuestra elocuencia celestial suavizaste sus amargos momentos: vos sois la encarnación del verdadero sacerdote, del sacerdote ejemplar, del sacerdote virtuoso! benditos vosotros, amigos de mi corazón!!... Augusto, ellos son los que te siguieron al sepulcro, ellos los que mezclaron con mi madre sus compasivas lágrimas! y Rosa Elena, esa otra abnegada madre nuestra, la que en todas las amarguras de nuestro hogar ha sufrido con nosotros; la que te ha velado en tus días de martirio; élla es la que me ha trasmitido tus últimas palabras; élla la que me ha referido

empapada en lágrimas tu agonía y tu muerte. . .

.....
Ah ! hermano del alma ! deja que hoy al impulso de mis dolorosos recuerdos, venga á regar con mi llanto las *cándulas* que ya comienzan á crecer sobre tu tumba ! No vengo á despedirme acaso puede romperse el alma, acaso puede morir la vida ; vengo sólo á visitarte, vengo á traerte una corona de inmortales entretejida por la amistad, vengo á traerte las hojas de ciprés, reverdecidas con mi llanto ; vengo á decirte que latirás en mi corazón, mientras yo viva !.....

Oye Augusto : cuando camine paso á paso el árido desierto de la vida, ven con la brisa de la noche á refrescar mi frente que se arruga, á enderezar mi cabeza que se dobla al peso de los sufrimientos.

Cuando la desesperación me invada, cuando la lucha me aniquile y mis fuerzas débiles y agostadas, vayan al fin á rendirme, asoma como el iris que brilla para alentarme !

Cuando vaya á caer en el precipicio oscuro del borrascoso mundo, ven como el angel del encanto que me detenga y me muestre el camino del bien.

Cuando las sombras de la duda me envuelvan pavorosas, ven con el claro rayo de la luna para alumbrar la densa oscuridad.

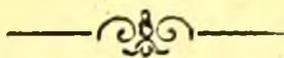
Cuando el destino, asechándome cobarde, hunda mi frente en el polvo de los desengaños, ven con el murmullo del arroyo á consolar mi mente.

Cuando mi pobre madre, pluralidad de lágrimas y sacrificios, levante sus desesperantes miradas hasta el cielo, en busca de la paz que necesita ; baja Augusto, y deposita en su pedaciado co-

razón lo que ella pide !

Augusto, tu no has muerto si vivo yo. Se ha marchitado la mitad de la flor, una parte de ella ha caído mecido por el viento, pero la otra parte se sostiene aun en pie y al inclinarse á besar los despojos, sólo dice *hasta luego!*.....
.....Tu

SERGIO.



CELEBRACIÓN FLOR.

A MI COMPAÑERO Y AMIGO SERGIO ARIAS M., EN LA MUERTE DE SU HERMANO AUGUSTO.

*“Amado de Dios y de los hombres
“su memoria está en bendición”....*

I

Si es cierto, mi bien querido Sergio, que los sufrimientos unen los corazones con lazos más estrechos que los de la dicha, aquí viene el mío, para, poseído del mismo dolor, llorar contigo.

Deja, pues, que mis lágrimas silenciosas humedezcan la tierra que cubren esos despojos queridos; yo soy tu amigo, y hoy que el infortunio, ha abierto una misma herida en nuestros corazones, soy tu hermano.

No quiero, no puedo, no debo darte palabras de consuelo; ellas como las tuyas, no pueden ser sino ayes lastimeros.

Llora, sí; bajo el peso de tan intenso pesar. Lloremos: que nuestras lágrimas depuradas en el crisol de la fe, serán para Dios fervientes plegarias.

Lloremos, inclinando nuestra frente á los impenetrables designios soberanos, lloremos ya que "las lágrimas son para el alma acongojada, como la lluvia y el rocío para los campos agostados".

Mas ven y apóyate en mi brazo, pobre amigo, y depositemos sobre su loza sepulcral una corona entretegida de las flores que tu amor de hermano y mi cariño de amigo pueden ofrecerle.

Llora, pero no te desesperes; tienes una madre ¡pobre madre! alma de tu alma, vida de tu vida; ella te necesita, álzate pues, amigo mío, de ese lecho de amargura en que yaces sumido, y vuela á los amorosos brazos de tu madre que en su desesperación, anhelante te espera. Tu existencia es su existencia, tu filial amor es la única fibra intacta que queda en su corazón.

No te desesperes. Sergio querido; piensa "que vivir no da sobre la tierra otro derecho que el de morir". Piensa que el hombre no es sino "un péndulo entre una sonrisa y una lágrima".

No te desesperes: tu hermano mi amigo, no ha muerto, no; vive aun.....

Sí, vive y vivirá mientras vivan sus amigos, mientras palpiten los mil y mil corazones que lo amaron.

Su memoria será eterna, como son la virtud, el talento y el honor. Vivirá su nombre, aun á travez de los antros de su helada tumba. Su cadáver será un cadáver viviente, ocultado en la negra noche del sepulcro conmoviendo corazones, arrancando lágrimas. ¿Acaso al marchitarse la flor, no deja también su grato aroma?

Recordemos por hoy, quién era, qué dejó en pos de sí, ese jóven, que al partir á otro mundo, ha dejado tantos corazones sin vida, tantas almas despedazadas.

II

Augusto Arias, era una de aquellas almas tiernas, alma nacida para el amor y que se entusiasmaba ante todo lo grande y lo bello.

Sus padres, don Celedonio Arias y doña Felicidad Moscoso, veían en su hijo una naturaleza poco común, dotada de exquisita sensibilidad, y por tanto pusieron todo empeño en formar su corazón en el molde de la virtud austera.

Augusto, nació en la noble y florida cuna de los Montalvo, Cevallos y Vela á mediados del año de 1875. Enfermiso y débil desde sus primeros años, era el objeto del cuidado y de los sufrimientos de sus amantes padres, y de su hermano, que á pesar de su corta edad, presentía talvez entre las nubes del futuro, la ruina de su corazón, *la obscuridad de su alma.*

Cuánto se querían estos *pedazos de un mismo corazón!* Cruzaron juntos el jardín ameno de la infancia, con idénticas ilusiones y con la misma esperanza. Hubiérase dicho al verlos siempre unidos, siempre cariñosos, que una sola vida latía en esos dos seres gemelos en la vida moral; y por eso, cuando Augusto se perdió en la tumba, pudo creerse que su hermano hubiera también muerto; pero la fuerza del dolor lo ha mantenido en pié. Justo es que llores, pobre Sergio; y que los recuerdos sean para tí los martirizadores de tu memoria!

Los primeros días de la vida se perdieron para no volver nunca; y los dos adolescentes ya,

asidos de la mano de su amante padre, caminaban tristes, con la inocente tristeza, camino de un colegio; creían talvez que las puertas del internado los separaban por siempre de su hogar, de su amada madre, de su santa hermana y de su mimadora Rosita, y el llanto acudía á sus ojos ¡ah! edad feliz!.....

Dos años hacía, que pasaron á orillas del Ambato, en el Seminario de Atocha, y allí admiramos á Augusto, haciendo gala de su talento nada vulgar, de su conducta modelo; allí lo veíamos querido de sus maestros, estimado de sus discípulos, pero allí veíamos también ¡destino humano! desvanecerse la esperanza, oscurecerse la gloria cual la flor que empieza á marchitarse; la enfermedad que debía conducirle no muy tarde al sepulcro, se manifestó en una especie de parálisis; pero sin embargo, no abandonó sus estudios; juntos los dos hermanos pasan al Colegio Bolívar, y allí, como siempre, Augusto se distingue y es querido de amigos y profesores. . Entonces su vida era todavía cual un campo sembrado de flores y árboles, fuentes y pájaros, sólo de cuando en cuando la obscurecían como nubes tormentosas, las primeras manifestaciones de su grave enfermedad. Mas de repente, el claro azul de su cielo pudo verse obscurecido; cruzó el rayo y estalló la tormenta ¡terror y espanto! ayes lastimeros, llanto á raudales.....tristísimo es el cuadro que contempla Augusto, junto al cadáver frío de su adorado padre. Cuando sus hijos más necesitaban de él, quedaban ellos sumidos en la más horrible orfandad, al cuidado de una virtuosa y amante madre!

Esta primera tormenta de la vida de Augusto, acabó de lesionar del todo el órgano del senti-

miento; entonces aparecieron los primeros síntomas de una hipertrofia; pero no por ello abandonó la carrera de las letras; su alma sensible necesitaba de alimento y quizá en el regazo de su madre que le acariciaba con predilección juró no separarse de los libros hasta el último día de su vida.

Días después de esa tormenta se fundaba en su país natal "El Liceo Montalvo" esa Corporación que no ha sido ingrata con su amigo Augusto; fué uno de los miembros fundadores, joven, casi niño, pero entusiasta y de claro talento; sus ensayos literarios fueron aplaudidos; él era un perfecto dechado de bondad y mansedumbre; su conducta debía ser el modelo de la de todos sus inteligentes compañeros. Siempre recordó con predilección los días que pasara en "El Liceo", "son los mejores de mi vida, escribe á uno de sus compañeros, el aroma de esos recuerdos no podrá desvanecerse nunca".....sí; fueron los mejores y por eso fueron tan rápidos.

La intran-gencia de los Oblatos-clérigos extranjeros, que hasta hoy regentean el Colegio Bolívar de la liberal Ambato -expulsó á nuestro amigo Sergio, so pretexto de que siendo uno de los más activos y entusiastas miembros del "Liceo Montalvo", trabajaba con tezón por las ideas liberales y no se cuidaba de las imposiciones terroristas de sus profesores. Augusto, no podía quedarse solo y vino con su hermano á lucir su claro talento en el colegio de los Jesuitas. Entre sus condiscípulos palpitarán siempre los recuerdos que supo dejar, ellos han de hacerle justicia, aún á travez del tiempo. Un año había permanecido en Quito, cuando las vacaciones del 93 le llamaron á recoger en su suelo las caricias de las más caras

prendas de su corazón; y quien lo creyera! también los últimos suspiros de su hermana!

Otra tempestad se desencadenó violenta en el cielo de su vida. Cuando él pensaba templarse para la lucha respirando las auras suaves de su tierra encantadora, fué sólo á ver levantarse otra tumba tristísima; su hermana virtuosa moría muy jóven. Entonces la madre de su alma acompañó á sus hijos hasta Quito; ese hogar que fué un tiempo, el nido de las delicias, la envidia de cuantos lo contemplaban, quedó desierto y frío, obscuro y sin encantos!

Luego más tarde, cuando ya del todo y á fuerza de repetidos y dolorosos golpes se manifestó su terrible enfermedad; pensó nuestro sensible amigo que la vista de su suelo, el murmullo de su amado río, las perfumadas brizas de su jardín patrio, hubieran podido mejorar su dolencia; pero se equivocaba, caminaba veloz y á sabiendas á la tumba. Sólo tres meses pasó en su patria; Pobre Augusto! Cuánto sufría y con qué sublime resignación esperaba su postrer momento. Sí él lo sabía, recuerdo que una mañana de mediados del último octubre, penetré en el aposento de mi amigo Sergio, y me conmoví ante la vista de un doloroso cuadro. El estaba sólo, inclinado sobre una carta, y sus ojos hinchados de lágrimas revelaban su intenso dolor. ¿Qué tienes? le pregunté—Tóma me dijo, y me entregó la carta que leía, era la última de su querido Augusto, borrada por las lágrimas vertidas por el hermano que sufría. Unas frases de ella quedaron gravadas en mi memoria, hélas aquí: “Voy caminando al sepulcro, mi enfermedad es de muerte. Ah! que tuviera el consuelo de que estès junto á mí; pero no, te esperaré más lejos”...terrible certidumbre..

.....

III.

En efecto pronto alzó su vuelo á la región de la luz; pasaron pocos días cuando lleno de abnegación, al mismo tiempo que de ternura, dió su último adiós al mundo, á su hermano y á su infeliz madre, la pobre mártir.

Hoy solo quedan de él, los recuerdos tan tristes como tiernos, recuerdos que arrancan suspiros al corazón, lágrimas á los ojos; recuerdos que no morirán nunca.

El sol de su vida está pues eclipsado, ya en su hogar desierto y frío no brillan esos rayos de amor y de ternura. Sí; pero su memoria y su imagen no han de borrarse nunca del fondo de tantos corazones que comprendiéndole y admirándole, le amaron.

JOSÉ M. DE SUCRE.

ULTIMA CARTA

A mi amigo Augusto Arlas en su sepulcro.

Mi inolvidable amigo, mi buen hermano:

Perdóname si van mis palabras á despertarte de ese profundo y eterno sueño; perdóname si hasta en el sepulcro te llamo, si hasta en la tumba te busco; pero tú sabes que el corazón se esclaviza al imperio de la amistad.

Ayer no más, sentía dilatarse satisfecha el alma cuando estrechaba tu generosa mano, cuando fijaba mi vista en la tuya dulce, franca y se-

rena. Entonces, con cuanta efusión te llamaba amigo, porque sabías serlo, porque tus sentimientos no eran vulgares, y ahora bajas á la tumba, sin decirme adiós! sin que me quede el consuelo inmenso de bañar por última vez tu rostro con mi llanto.....

Però nó, yo iré á tu sepulcro: allí te visitaré de nuevo, en él te dejaré flores cuyo primer rocío serán mis lágrimas.

En cada brisa que abata el tallo de las caléndulas, recibirás mis gemidos; en cada mariposa que acaricie tu cruz, verás un recuerdo mío.

Cuando el sauce ó el ciprés que te hacen sombra sacudan su ramaje y un ruido suave y melancólico vague en el Panteón dormido, óyeme, Augusto, óyeme soy yo que voy á contarte mis secretos, á platicar contigo.

Cuando en las campiñas de este suelo que no es mío venga á cantar una ave viajera, yo detendré mi paso para escucharla, yo lloraré con ella; porque creeré que eres tú que vienes á contarme las dulces escenas de mi hogar ausente ó á repetirme las endechas tiernas, que ensayábamos los dos entre los soñados bosques de nuestra playa sonriente.

Cuando el viento deshaga en el espacio la nube que recién se formara, veré en él á tu imagen.

Cuando en la callada noche se deslice el arroyo murmurante, escucharé tu voz en su murmullo, y pensaré que aún repites complacido, los ecos desacordes de mi lira.

Cuando á los pálidos rayos de la luna, contemple las ondinas de diamante que agonizan en el callado lago, veré en cada una de ellas, la sonrisa de tus labios, siempre velada por la apacible

luz de la melancolía.

Todo me habla de tí, todo te trae á mi memoria. Tu retrato, tus cartas, tus recuerdos : aquí los tengo bañándolos en el raudal del sentimiento.

¡ Adios, hermano mío ! jamás te olvidaré. Mi alma solo te dice hasta luego, aunque mis ojos te digan *hasta siempre* !

M. A. A.

(De "La Sanción").

Augusto Arias Moscoso.

No erā solo mi amigo ; nos conocimos en la infancia, en esa dichosa edad de los dulces y halagadores recuerdos, donde aprenden á simpatizar los corazones ; después, volaron rápidos esos días de sueños y de rosa ; vino la juventud, nos comprendimos, y en el bautisterio de la idea nos hicimos *hermanos* ! ahora ah ! la muerte, la realidad de la vida !

¡ Ay hermano mío ! tu vida se ha eclipsado ya, has roto el velo de la duda y ahora ves la realidad ; feliz tú que algo vez ! yo no veo nada !

Eramos confidentes, nos vaciábamos mutuamente nuestros más íntimos secretos, ahora los míos en la tumba ; los tuyos en mi corazón.

Eramos estudiantes, discutíamos sobre el más allá ahora ! tú poseedor de la verdad, yo, de las vacilaciones.

Bien me dijiste, hermano mío, cuando fui á despedirme en tu lecho de dolor "*adios soldado no te veré más;*" te conocías ya, cierto, el corazón tenías en el mundo y el alma.....allá.... donde nada veo.....

Hasta luego hermano mío! iré á tu tumba y la humedeceré con mi llanto, hasta luego....!

G. GARCÉS.

(De "La Sanción").

UNA VIOLETA

SOBRE LA TUMBA DE MI AMIGO

AUGUSTO ARIAS M.

Los golpes del destino son á veces tan fuertes y tan duros, que atónita el alma, no atina á suspirar; los ojos lánguidos de amargura secan sus fuentes, y mudos los labios ahogan las palabras.

¡Cómo nos embarga una terrible realidad!el corazón se siente solo y aislado cuando se siente agonizar en el espacio sin límites del dolor.

El idioma del sentimiento es insuficiente para expresar ciertos dolores, siendo uno de ellos el fúnebre ruido que hacen los cerrojos de la tumba para encerrar en ella para siempre, al amigo de los primeros años, que después que pasaron los juegos de la infancia, nacieron las flores de la juventud para embriagarnos con un